

EDITORIALES

Fractura en el independentismo

Puigdemont empieza a ser percibido como un problema en sectores del nacionalismo catalán

Sin esperar al descalabro en las urnas que le auguran las encuestas, el partido de Carles Puigdemont se enfrenta al serio riesgo de una escisión interna encabezada por dirigentes posibilistas que, sin cuestionar como objetivo la independencia de Cataluña, abominan de la suicida estrategia rupturista abanderada por el prófugo de la justicia. Los movimientos en ese sentido que han salido a la luz en los últimos días reflejan una contestación interna, hasta ahora soterrada, al giro radical y populista imprimido por el expresidente de la Generalitat y sus fieles a la antigua Convergencia Democrática. Ese brusco viraje ha alejado de la centralidad a un PDeCAT secuestrado por un extremismo visceral, que ha fracasado en la intentona secesionista y que, además, ha visto desplomarse el mayoritario apoyo electoral que mantenía desde el inicio de la Transición. El espacio político que durante décadas ocupó el nacionalismo moderado de Jordi Pujol –con sus aciertos y errores, y una imagen justamente lastrada por la pesada losa de la maquinaria de corrupción creada en torno a él– ha quedado huérfano, a la espera de que alguien lo ocupe. Marta Pascal, excoordinadora del PDeCAT, y otros excargos críticos con Puigdemont –y, por ello, laminados de cualquier responsabilidad en el partido– se plantean la creación de una nueva marca que recupere los valores originales de aquel catalanismo que apostaba por la estabilidad y por la convivencia normalizada en Cataluña dentro de una España plural. El anuncio de la fractura que acecha a su partido en vísperas de unas elecciones, en las que el huido en Waterloo es el cabeza de lista a las europeas en un nuevo desafío al Estado, confirma no ya la existencia de posturas abiertamente irreconciliables en el PDeCAT. Demuestra que un sector del nacionalismo comparte que el patético aventurerismo de Puigdemont solo conduce al precipicio y ha interiorizado por fin que el pretendido mesías que representó la farsa del nacimiento de una república es un problema para el futuro de su propio partido y para el de Cataluña en su conjunto. El catalanismo más pragmático es el que mayores éxitos ha cosechado. No debería olvidarlo un independentismo tentado a la confrontación permanente con el Estado para eludir sus propias contradicciones, que ya resultan imposibles de ocultar.

Tarifa regulada

En el mercado eléctrico actual existe un modelo regulado –que funciona mediante el contrato de la tarifa del Precio Voluntario para el Pequeño Consumidor (PVPC)– en que los precios de la energía son públicos y van variando hora a hora, y un modelo de mercado libre en que el precio y las condiciones dependen de lo pactado libremente entre empresa y consumidor. En los últimos tiempos ha ido descendiendo el número de usuarios que se acogen al contrato regulado en beneficio de la modalidad de contrato libre. Pero el alza de precios ha supuesto un cambio de tendencia, y unos 30.000 usuarios han regresado a la tarifa del PVPC y casi se dividen a partes iguales los usuarios de las dos opciones: 10,3 millones de la regulada y 10,6 millones de las liberalizadas. Un mercado tan complejo adolece por fuerza de falta de transparencia, y de hecho las encuestas demuestran que los usuarios no se desenvuelven bien en esta confusión. La competencia beneficia a los usuarios, pero un sistema tan enmarañado también puede servir para fomentar la picaresca. Un modelo abstruso y un recibo que no se entiende no pueden ser el ideal de un mercado de servicios.

EL COMERCIO LA VOZ DE AVILÉS

DIARIO DECANO DE LA PRENSA ASTURIANA
EDITA EL COMERCIO, S.A. Siglo II. Año XLI. Número 14187

Director General
Goyo Ezama
Meabe

Director
Marcelino Gutiérrez

Director Adjunto
Ángel M. González

Publicidad
CM Asturias
Gerente:
Julio Valle Ruiz

Jefes de Edición
María de Alvaro
y Carlos Prieto

Adjunto a la Dirección
Andrés Presedo

Jefa de Redacción de LA VOZ DE AVILÉS
Ruth Arias

Jefes de Área Leticia Álvarez (GIJÓN Y ASTURIAS), José Javier Rodríguez Medina (OPINIÓN), Octavio Villa (POLÍTICA Y ECONOMÍA), Miguel Rojo (CULTURA Y SOCIEDAD), José Ángel García (DEPORTES), Cristina Tuero (INTERNET), y José Simal (FOTOGRAFÍA)

Subjefes de Área Adrián Ausín y Laura Fonseca (GIJÓN Y ASTURIAS), Daniel Fernández y Noelia Erausquin (POLÍTICA Y ECONOMÍA), Eduardo Alonso (DEPORTES) y David Trapote (DISEÑO)

Jefa de Redacción de Oviedo Paz de Alvear

La vanidad de la caballería

IGNACIO DEL VALLE
ESCRITOR

Guerreros feroces –Rommel y Patton estudiaron sus tácticas–, los jinetes de las estepas aprendieron a disparar sus flechas en el momento exacto en que el caballo estaba con las cuatro patas suspendidas en el aire, a fin de evitar las vibraciones



Para los jinetes de las estepas, solo quienes montaban a caballo merecían llamarse hombres. Fueron esos mismos jinetes, los mongoles, quienes en el siglo XIII derrotaron a rusos, polacos, húngaros, caballeros teutones, búlgaros y a punto estuvieron de entrar hasta la cocina, la mismísima París, si el azar no los hubiera contenido. Guerreros feroces –Rommel y Patton estudiaron sus tácticas–, que aprendieron a disparar sus flechas en el momento exacto en que el caballo estaba con las cuatro patas suspendidas en el aire, a fin de evitar las vibraciones de la cabalgadura y afinar la puntería. Con ellos llegaba el infierno, ese mismo que si te tocaba atravesarlo, no debías pararte nunca, como apuntaba Churchill.

Sir Winston es otra figura interesante, genial superviviente de sus propios errores: el mismo que movilizó a la lengua inglesa para enfrentarse a los nazis, fue quien cometió cagadas homéricas como ordenar el desembarco de los aliados en Galipoli –con una masacre de australianos y neozelandeses a manos de los turcos de Kemal Atatürk–, perdió Singapur y Tobruk, o protegió insuficientemente a los convoyes de los U-Boot alemanes, mientras el momento más feliz del imperio británico se confundía con su desaparición.

Por el contrario, un genio de la guerra de guerrillas, el coronel Von Lettow, un prusiano que mantuvo en jaque a los ingleses en África Oriental durante cinco años, parece más olvidado. Se da el caso de que en 1914 coincidió con Karen Dinesen, futura baronesa Blixen, en el mismo barco que los llevaba a sus destinos: sí, la misma que escribió 'Memorias de África' y en la película, Denys George Finch Hutton, su amante, encarnado en Robert Redford, ha de combatir contra Lettow, que le da para el pelo, aunque eso no se explicita.

Recuerdo estas anécdotas militares a propósito del inesperado ensayo de Stefano Malatesta, y digo inesperado porque los libros sobre historia militar no suelen destacar por su estilo, y Malatesta es un consumado escritor, irónico, con una bella prosa y una gran habilidad para encadenar historias que analiza desde ángulos insólitos. Por ejemplo, siempre he creído que uno de los grandes pasajes de la literatura es la descripción que Tácito hace cuando los romanos, liderados por Germánico, regresan al bosque Teutoburgo para recoger los restos de las tres legiones que años atrás les habían liquidado los queruscos de Arminio. Las líneas son tenebrosas, pero de una belleza crepuscular; lo que no cuenta Tácito son las conclusiones a las que llegaron los romanos: aquella masacre les convenció de contener la expansión del imperio, que no podía eterna, y les centró en mantener lo conquistado y dejar que los germanos

se matasen entre sí o sirvieran en las legiones como caballería. Roma ya había recibido un primer aviso que la beneficiaba a largo plazo: a veces ciertas derrotas son más útiles que las victorias.

La misma advertencia que recibieron los prusianos en la derrota de Jena contra Napoleón, pues aquel año de vergüenza nacional les obligó a estudiar sus errores, un análisis que llevó a cabo un jovencísimo Clausewitz. Sus corolarios sirvieron para que un pequeño país, en alas del pensamiento filosófico de Fichte, se convirtiera en una potencia mundial, con un ejército más adiestrado y eficiente. Como todo se enreda igual que cerezas, un inglés, Basil Henry Liddell Hart, estudió minuciosamente a su admirado Clausewitz e inventó el concepto de guerra relámpago: velocidad, rapidez, sorpresa, una idea que cogió al vuelo Heinz Guderian y aplicó con sus tanques: la Blitzkrieg, de ominoso recuerdo para los franceses en 1940, había nacido.

Las cargas de caballería ocupan un lugar preeminente en el ensayo: los sasánidas, en el siglo V, hacían el papel de carros de combate, mientras avanzaban con el sol reflejado en sus armaduras, muros infranqueables de caballos blindados que aplastaban a los enemigos. Y, cómo no, aparece la carga de Ney en Waterloo, la estupidez mayúscula de la Brigada Ligera en Balaclava –quién no se acuerda de Errol Flynn–, y otros no tan populares, como Von Seydlitz, que en la Guerra de los Siete Años se llevó por delante a

los hombres del príncipe de Soubise. Salen también los poetas de la guerra, que en la Primera plasmaron toda la sangre, las vísceras y el barro que tuvieron que tragar: Wilfred Owen, Siegfried Sassoon, Rupert Brooke... –en muchos casos, se dejaron el pellejo en las trincheras–.

Capítulo aparte merecen las historias de ineptitud o ceguera: el error táctico de Yamamoto que, con superioridad total contra la flota americana, ordena a sus aviones repostar en el peor momento, concediéndoles a los gringos una ventana de oportunidad, que aprovecharon con resultados devastadores para los portaviones 'japos'. O los italianos, siempre unos adelantados en las lides de la necedad militar –los romanos se revuelven en sus tumbas–, cuya flota, una de las más modernas de la Segunda Guerra, no salía a navegar cuando había tormenta, no fuera a mojarse. O los british, que ya adelantaron su 'Apocalypse Brexit' en el siglo XIX, cuando se empeñaron en conquistar Afganistán sin contar con la mala leche de sus habitantes, que desembocó en la retirada más sangrienta de su historia, la de Kabul: dieciséis mil hombres y mujeres, de los que solo un pequeño grupo llegó vivo hasta el fuerte de Jalalabad, en la frontera india. En fin, hay para dar y tomar. Nunca mejor dicho.



●● GASPAR MEANA